

La vida continúa su ascension.

Hedla ya en la cabeza.

Pónese el espíritu en movimiento.

El *cómo* y el *porqué* de las cosas humanas, la investigacion de los medios de duracion, las combinaciones para hacer venturosa la existencia comun, la responsabilidad, el deber personal aparecen; será preciso pensar, trabajar, ser activo, industrioso, previsor por esa compañera adorada, por esa madre fecunda, por ese niño inocente y débil.

Tales son los cuatro estados sucesivos en el desarrollo del hombre: el instinto, la sensacion, el sentimiento, la idea.

¿Es esto todo?

No.

Si se redujera á ello, el hombre seria simplemente un animal mas perfeccionado que los otros; al paso que es de esencia divina, aunque no fuese mas sino porque cree en la existencia de Dios.

Hay para él un quinto estado, que es el estado de conciencia, es decir: el acto de poner en orden, en movimiento, en utilidad, en sus planes respectivos, su instinto, su sensibilidad, su sentimiento, su ideal.

Ahí está el apogeo de las facultades del hombre.

El que alcanza este último grado tiene lo que verdaderamente se llama un alma, es dueño de su destino y está en comunicacion directa con el principio de las cosas, no solo con la creacion entera, sino con el invisible Creador.

Llegado aquí, si la vida asciende de nuevo, sobrepaja las cualidades y las facultades del hombre, y le abandona. ¿A dónde va entonces?

No lo sé, ni vos tampoco, señor abate, á pesar de las afirmaciones de la Iglesia; pero solamente el infinito podrá en adelante contenerla.

El hombre que llena hasta el extremo este progresivo génesis, es raro.

Uno ha existido, uno solo, que por haber probado durante tres años solamente, que jamás habia pasado por el instinto ni por la sensacion, que habia entrado desde luego en el sentimiento, en la idea y en la conciencia, mereció ser proclamado Dios.

Otros mas sujetos á las condiciones humanas no han pasado de ser santos, grandes hombres, simples hombres de bien, los unos inmortales, los otros oscuros, no habiendo ejercido accion sino sobre el reducido círculo de hombres desconocidos que les rodeaban, les respetaban, les admiraban y se esforzaban en imitarles.

Estos hombres de desarrollo integral, estudiándose á sí mismos, habiendo creido identificar en ellos la humanidad entera con todo lo que esta puede contener de divino, han querido, para la felicidad de sus semejantes, y para simplificarles y facilitarles la vida en este mundo, han querido crear, en las sociedades formadas por los hombres, leyes sociales en relacion con las leyes naturales, asistándose y fortaleciéndose las unas á las otras.

De todos esos fenómenos sucesivos han disgregado, por decirlo así, el pensamiento continuo y se-

guido del Creador; se han esforzado en deducir sus designios é indicar á los hombres la causa soberana y el alto fin de todos esos movimientos diversos é inconscientes.

Con grande exactitud no han atribuido á la sensacion mas que el atractivo fugaz, efímero, con que la naturaleza ha estimado útil sazonar ciertas funciones animales, indispensables para su fin, sin cuyo atractivo el sér humano se habria negado á someterse á estas funciones; han comprobado que, una vez llenadas estas funciones durante el tiempo y para el fin que la naturaleza fijara, la sensacion que las hace placenteras no guarda ya en ellas, si el hombre quiere prolongarlas mas allá del término natural, y fuera del objeto deseado, sino amargura, peligro, dolor y muerte; y han creido cumplir su deber y obrar segun la voluntad de Dios, y para el bien de la humanidad, subordinando, en sus mandamientos, la sensacion al sentimiento, á la idea y á la conciencia.

Para ello ha sido preciso, no modificar la obra del Creador, lo cual hubiera sido imposible, sino interpretar la de manera á dar mas importancia á su intencion secreta que á sus medios aparentes, y conceder mas ámplia parte al destino definitivo y providencial del hombre, que á su expresion momentánea sobre la tierra.

Para tener la seguridad de no verle derogar á las funciones, ni evadirse á los deberes, hanse aprovechado del encanto, del placer, de la dicha, de la tranquilidad contenidos, al principio, en su cumpli-

miento, y han sustituido una fase á otra en el órden de las epigenesias fisiológicas.

Puesto que el instinto y la sensacion no tenian otro objeto en la naturaleza que el de inducir al hombre al sentimiento, al amor, á la familia, al trabajo, á la conciencia, dijeron y procuraron dar á entender al hombre que no debia ver en ellos sino agentes secundarios y someterlos lo mas pronto posible á lo que es, queda y debe quedar siempre superior á ellos.

De los primeros asombros, de las curiosidades vagas, de los deseos sin forma, de las energías ignorantes, han hecho un conjunto, un todo que han llamado desde luego, para el hombre á quien querian civilizar, necesidad de amar á un sér de diferente conformacion que la suya y sin el cual no podria llenar su mision terrestre ni dar satisfaccion á todos sus sentimientos, y puesto que el hombre, por el amor, por los hijos que de él resultaban, por la felicidad de toda especie que encontraba en la mujer elegida, permanecia voluntariamente unido á ella hasta la muerte de uno de los dos, le han preguntado si no encontraba á la vez natural y justo consagrar de antemano esta union venturosa y voluntaria por un compromiso solemne que la hiciera á la vez mas noble y definitiva.

El hombre ha contestado que sí, y esa admirable institucion del matrimonio que contiene el amor, el trabajo, el placer, la ventura, la familia, la solidaridad eterna en la vida y en la muerte, constituyóse sobre las indicaciones de la naturaleza.

El amor proviene, pues, de Dios; pero el matrimonio proviene del hombre.

Sin embargo, sean las que fueren las intenciones, el ideal, el génio, la perspicacia de los hombres inspirados, no invierten impunemente cosa alguna en las concepciones y en los decretos de la Divinidad.

Si esta procedió como lo ha hecho, tenia para ello sus razones.

Admitiendo que haya previsto, no el matrimonio legal, sino la union eterna como consecuencia de los instintos, de las sensaciones, de los sentimientos, de las ideas que daba al hombre, no habia sin duda previsto esta union sino en cierto caso, despues de ciertas otras consecuencias anteriores que podian hacerla lógica y enteramente conforme con sus miras.

Así, apenas los primeros hombres que se llamaban, se creian, que eran, si así lo quereis, inspirados por Dios, hubieron establecido el matrimonio intervirtiendo el órden preexistente en los fenómenos humanos, colocando el compromiso de tomarse eternamente por marido y mujer antes de la union natural y física de los dos séres, antes de asegurada la fecundacion y la concepcion, apenas hubieron hecho esta inversion de planes, vinieron á chocar con uno de esos casos excepcionales que fuera preciso siempre prever en las legislaciones y que precisamente quitaba á la union del hombre y de la mujer su razon de ser providencial y necesaria; chocaron con la esterilidad.

Entonces vemos, desde el comienzo del mundo bíblico, á los primeros grandes patriarcas, en nombre de la familia y de la procreacion, que son, que deben ser, en la naturaleza, los motivos y las consecuencias de la union de los sexos, entonces vemos, en presencia de este caso no previsto, á los primeros patriarcas introducir la concubina fecunda en el mismo lecho de la esposa estéril, no solo con el consentimiento de esta, sino con la aprobacion de Dios, volviendo así desde luego á los hombres al principio natural del que se habian desviado.

Tal es, á nuestro ver, el sentido superior que debe atribuirse á la poligamia de los Abraham y de los Jacob, para que no esté en contradiccion con la grande moral religiosa que vos haceis derivar de la constitucion de las familias patriarcales.

Bienaventurados y muy dignos de admirar serian todavia los hombres si se hubiesen circunscrito á esta sola reivindicacion de los derechos de la naturaleza, y si no obstante hubiesen continuado su ascension progresiva; pero, cuando sus jefes, en nombre de lo ideal, hubieron intervertido el órden establecido por Dios, debian ellos intervertirlo, muy diferentemente, en nombre de sus pasiones, ó mas bien aceptar solo los placeres y rechazar las cargas de que estos placeres no habian de ser sino los cebos.

Lo mismo sucede en las alturas morales, que en las físicas; son poco accesibles y aun menos habitables; requiérese una grande energía para llegar á

ellas, y una gran potencia de organismo para en ellas permanecer.

La mayoría de los que llegan hasta lo ideal no siempre intentan alcanzar á la conciencia; algunos la confunden una con otra; siéntense ya en tal grado superiores á los demás hombres, que se figuran haber llegado al punto culminante.

Así, pues, algunos hombres dotados solamente de imaginacion han podido, inconscientemente, engañar á los que les escuchaban.

Esta muchedumbre tomaba sus esperanzas elevadas y sus consoladoras hipótesis, por verdades eternas, y veía profetas y legisladores donde solo debía ver poetas.

Estos son todavía los que nosotros llamamos grandes hombres, pero la mayoría de los mortales no llegan ni siquiera á la idea, permanecen en la sensacion, con algunas raras incursiones en el sentimiento, donde no logran fijarse.

Van y vienen así de sus bases á sus centros, y obedeciendo á las leyes de la gravedad acaban por recaer en sus instintos y morir en ellos como en ellos nacieron.

A ese rebaño humano lo dirigen los de arriba durante algun tiempo con promesas, supersticiones, esperanzas, amenazas, castigos; pero él se defiende, se emancipa tarde ó temprano en nombre de esos instintos, de esas necesidades, de esas sensaciones que sus pastores no experimentan ya, pero que no dejan de ser los mas poderosos móviles de las acciones de las masas.

Y hed aquí porque los hombres necesitan siempre nuevos guías, que vengan á modificar y perfeccionar la obra siempre modificable y perfectible, porque es siempre incompleta, de las mas bellas concepciones humanas.

Supongamos á un hombre llegado al conocimiento perfecto y á la práctica exacta de la verdad, este hombre jamás podrá sacar de ahí el derecho, ni el medio sobre todo de imponer para siempre esta verdad á todos los hombres.

Tal perfeccion, si existe, jamás pasará de ser individual.

Hay que estar loco de orgullo ó de éxtasis para creer en la posibilidad de una armonía inmediata y de una comunión universal.

Hed aquí por lo que respecta al hombre.

Pasemos á la mujer.

«¡Tema complicadísimo!» exclaman los observadores superficiales, que no juzgan á la mujer sino por sus actos.

«¡Tema sencillísimo!» dicen los que la ensalzan en su naturaleza propia.

Pertenezco al número de estos últimos.

En la mujer todas las metamorfosis fisiológicas tienden á un solo fin: el amor.

La mujer quiere ser amada; quiere, sobre todo, amar.

Su ensueño, su objeto, su función, su ideal, su patria, su génio, su culto, su conciencia, es el amor, siempre el amor, nada mas que el amor.

Cuando es amada y ama, todo lo comprende, todo lo acepta, cree todo lo que le dice el hombre á quien ama y de quien se ve amada.

A esa mujer, señor abate, nunca la conoceréis, porque, en el estado en que se halla, no há menester de vos; encuéntrase colocada en el origen mismo del principio en virtud del cual ha sido puesta en este mundo.

Por otra parte, las religiones no son hechas para que se vaya á confesarles que se es feliz.

Hay, en la felicidad por amor, una expansion de todo el sér donde, para las almas elevadas, Dios tiene su sitio secreto, pero donde sobra el intermediario como vos.

La mujer no acude, por decirlo así, oficialmente, al Dios que representais, sino cuando aun no ama ó cuando ha cesado de amar.

Desde que ama verdaderamente, como puede, como debe amar, se os escapa.

Ninguna forma humana, ni padre, ni madre, ni hijo, ni sacerdote puede interponerse mucho tiempo entre ella y el hombre amado.

Este es su único y verdadero señor, y no había necesidad de decirle que abandonara á sus padres para seguirle, puesto que ella le seguiría espontáneamente.

Mas aun; ella será creyente ó atea segun lo sea su amado, ya lo posea por contrato ó por su sola voluntad.

«¿Crees en Dios?» preguntábale cierto dia un hombre superior á su mujer, de la que sabia era

profundamente amado.—«Como tú quieras,» contestó ella.

Ved aquí el fondo de la mujer.

Recordad bien esto, señor abate: toda mujer que está en divergencia de opinion religiosa con su marido ó que disputa con él sobre esta materia, no ama á ese marido.

Saque de ello su provecho la Iglesia; mas no saque demasiadas conclusiones en provecho de Dios.

Solo un Dios hay, y para la mujer que ama, el hombre amado será ese Dios.

Ved aquí lo absoluto; y desafío al mas elocuente Padre de la Iglesia, hablando en nombre de todas las morales divinas y prometiendo todas las beatitudes eternas, á que separe el espíritu de la mujer que ama del espíritu del hombre amado por ella.

Hasta dudo de que ella le conteste, cuando haga esta tentativa, aun cuando sea ella capaz de matar al siguiente dia al hombre amado si le es infiel, y de morir luego de haberle dado muerte.

Dios no ha hecho nada mas sencillo y mas asombroso que el amor de la mujer por el hombre.

La eternidad no es mas extensa; no es mas vasto el infinito.

Al igual que el sol, este amor se proyecta y se esparce constantemente sin amortiguarse jamás; aliméntase sin cesar en hogares inagotables é invisibles.

La mujer poseida de ese amor no tiene necesidad ninguna de libertad, sin duda porque siente

que su alma recorre, en un minuto, la tierra, el cielo, el universo entero.

Pero esa libertad de su espíritu y de su persona física, de que tan fácilmente y con tanta ventura hace homenaje y abandono al hombre amado, la reivindica, cuando no ama, ó cuando ha dejado de amar, con encarnizamiento, con ferocidad, sean cuales fuesen los compromisos públicos que haya contraído y firmado de renunciar en el porvenir.

Por otra parte, para la mujer no hay contratos de legalidad; solo hay contratos de sentimiento.

Las palabras «derecho» y «deber» para ella no representan, intrínsecamente, nada.

Todos sus derechos los abdica sin esfuerzo si ama, y todos sus deberes que, amando, llena contenta, está dispuesta á pisotearlos si no ama ya, y sobre todo, si no es amada cuando ella continúa amando todavía.

A veces, en este caso, refúgiase en la ley.

Entonces es cuando llega hasta vos.

Para llenar el vacío que un simple mortal ha dejado en su pensamiento y en su corazón, le es menester á esa mujer nada menos que el Dios que ha creado el mundo.

Otras veces se vuelve loca ó muere.

Lo mas á menudo, no cree ya en nada y se precipita con desesperacion, entre sollozos y risas, en la embriaguez de las caídas irreparables.

Lo infinito de las alturas ó de las profundidades, el cielo ó el infierno, ved aquí lo que necesita para poder olvidar lo que ha perdido.

Tal es la mujer, como Dios la ha criado.

Ella es tan rara como el hombre consciente.

Apresurémonos, empero, á decir, que no es suya la culpa.

En ella la naturaleza misma es la que ha intervertido el orden establecido en el hombre, y la que, habiéndola hecho en cuanto á fisiología y funciones, diferente del hombre, la ha modificado necesariamente en su psicología íntima.

En efecto, en la mujer el sentimiento precede á la sensación, que no se despierta á veces nunca, y bien que el ideal la domine siempre, no se halla en comunicacion directa con Dios.

El hombre, esposo ó amante, es siempre su mediador entre el principio y ella; resulta de ahí que, careciendo de iniciativa, de movimiento personal, lo espera todo de su creador humano.

Ella será segun sea él, y por esto él es siempre responsable de sus errores y desfallecimientos.

Si por excepcion ella quiere estar en comunicacion directa con Dios, menester es ó que impida que el hombre intervenga, ó que lo inmole en ella, ó que él la haya dejado libre por la muerte ó por el abandono.

De ahí las vírgenes religiosas y las pecadoras convertidas, Santa Inés ó Santa Magdalena.

Ella lo sabe; así el dia en que el espíritu de Dios quiere insuflar directamente sobre ella y en ella, para una fecundacion miraculosa, es preciso que el Espíritu le pida su consentimiento.

Las leyes de la creacion humana establecidas por

Dios están tan irrevocablemente establecidas, que la mujer se prevale de ello para imponer á su vez, en nombre de su ideal, sus condiciones al Creador cuando Este quiere, para salvar el mundo, derogarlas.

Cuando Dios elige á María para hacerla madre del Mesías, María exige en cambio de la infraccion que va á operarse en ella, que Dios la deje eternamente vírgen, y Dios consiente y se somete.

Tal es vuestro dogma católico.

El ideal, ved aquí lo que domina siempre en la mujer, y para dar al mundo un Dios, quiere ella que su carne quede perfecta, indiferente, inmaculada, que ni siquiera la posibilidad de la sensacion pueda venir por un segundo á turbar su sentimiento.

Muchas mujeres tienen las aspiraciones de María, y el amor inmediato á Dios llevado hasta la virginidad eterna.

No quieren conocer del hombre sino sus sufrimientos, sea cual fuere su causa, para dulcificarlos y aliviarlos; estas mujeres son las que llenan vuestros conventos y vuestras Misiones de esas admirables vírgenes, hermanas de misericordia y de caridad para el primer desgraciado ó el primer pecador venido; otras hay que tienen instintivamente un horror tan profundo, física y moralmente, del hombre; éste se les aparece en su incógnita como un sér tan degradado, tan degradante, que no quieren saber si existe, feliz ó desgraciado, y huyen de él en la plegaria y la contemplacion hasta

lo mas profundo de los claustros oscuros y silenciosos; finalmente hay otras que, no habiendo encontrado en este mundo mas que el marido, ni bueno ni malo, jamás el hombre que soñaran, no por ello dejan de llenar con paciencia y severidad sus deberes de esposa, de madre y de cristiana, atravesando la vida sin vacilacion visible, en un equilibrio aparente, serenas siempre.

Si viene un hijo, la maternidad las resarce; en él desaparecen con la pasion que tenían dispuesta para el padre.

Si el hijo no viene, súplenle la caridad y la fé.

Estas mujeres nunca se propondrán demasiado como ejemplo, tanto mas, señor abate, cuanto que solamente unos pocos, en cuyo número figurais, pueden saber lo que les ha sido preciso inmolar en ellas para llegar á esa armonía que simula la felicidad.

Ahí está el secreto que ellas os confían; ahí es donde la religion bien entendida y bien aplicada viene á ser para ellas de grande auxilio.

Respetemos á esas mujeres y saludémoslas humildemente cuando las conozamos.

Pasemos ahora al tercer individuo, el que resulta del contacto íntimo, del amor, de la union, del matrimonio de los dos primeros; pasemos al hijo.

Esa ley particular de la separacion que nos-